



La Lectura Popular

AÑO XXII.

Orihuela 15 de Febrero de 1903.

Núm. 465

Los liberales pintados por sí mismos

Retrato primero.

Leemos en nuestro querido colega *La Libertad* de Valencia.

«Ya que hablamos de la *Popular*, (Universidad blasquista.)

Parece que decididamente será mañana domingo 8 su inauguración, pues así lo dicen desde la corte, anunciando el viaje del Sr. Azcárate, al que acompaña el redactor de *El Herald* y profundamente anticatólico y... algo más Sr. Morote, que, como ya se viene anunciando, piensa dar alguna conferencia para hombres y mujeres solos, no sabemos si con la intención de *intelectualizarles* más aún, ó al objeto de hacer méritos para alcanzar la tan deseada acta.»

¡Hombrel ¡hombre! Con que aquel Morote que desde las columnas de *El Pueblo* blasfemó tan horrorosamente de Jesucristo es ahora redactor del *Herald*!

Con que aquel Morote que dijo que había que acabar con el cristianismo escribe ahora en el periódico del Sr. Canalejas!

Pero ¿será verdad?

Porque el Sr. Canalejas repite y *replantea* cada día que es católico, apostólico, romano, y si esto es así ¿cómo se explica escriban en su *Herald* enemigos tan acérrimos de la religión que profesa?

Aquí comienza á destacarse la fisonomía liberal del Sr. Canalejas.

Pero le falta un retoque: allá va.

En uno de los últimos discursos pronunciados por el Sr. Canalejas para preparar su campaña electoral y conquistar simpatías, ha hecho, como siempre, declaraciones de su fe católica pero añadiendo que, aunque católico, no *dobla la rodilla ante ningún hombre*.

Lo cual sin duda quiere decir que no se confiesa.

Y si no se confiesa, claro es que tampoco comulgará.

¿Pero qué catolicismo es ese que sólo tiene cinco sacramentos?

Será sin duda el nuevo catolicismo anticlerical del que el Sr. Canalejas se ha declarado apóstol y doctor.

Retrato concluido y vamos á otro.

Este es el de *El Liberal* y está hecho á pluma.

Después que el fundador de *El Herald* dá por reformada la religión católica suprimiéndole de un golpe dos sacramentos, no era de extrañar que *El Liberal* reformase la moral y el decálogo suprimiendo el quinto y séptimo mandamientos para declarar santo al bandido Casanova del cual habla en los términos que verán ustedes en el siguiente fragmento de una crónica *recomendada* por él, y que no tiene desperdicio.

Agua vá.

«Yo confieso que *admiro* á estos bandoleros que desdeñan la ley, que desdeñan el peligro y que desdeñan la muerte. Tienen para mí una extraña fascinación moral. A los quince años, Mamed Casanova realizó su primera hazaña, que entre tantas, es, sin duda, la *más bella*.

Ya lo saben ustedes: las hazañas de los bandoleros son *bellas* y dignas de *admiración* hasta el punto de fascinar á los liberales.

¿Pero qué hazaña fué esa?

Desenterró el cadáver de un indiano, vistióse la mortaja, y ataviado de esta suerte, fué á la casa mortuoria para dar el pésame á la parentela de hijos y nueras congregada en la cocina, al amor de la lumbre. ¿No es verdad que esta aventura lúgubre y burlesca, tiene la extraña belleza de una fantasía urdida por el príncipe Hamlet?

¡Hombre sí que es bello el cuadro! Eso de profanar una sepultura burlándose de Dios y de los hombres por tener el gusto de escarnecer una familia atribulada y aumentar la aflicción de unos pobres hijos hiriendo los sentimientos más profundos de su corazón, es una acción tan *bella* que sólo á la pluma de *El Liberal* estaba reservado ensalzarla dignamente.

Después, Mamed Casanova se echa a camino. Mancebo temerario y violento, fué bandolero porque quiso aspirar á la posesión de la vida.

Buen interdicto de adquirir.

No tenía nada y lo deseaba todo.

Como los liberales.

¡Es triste ver cómo los hermanos es-

pirituales de aquellos tercios de Flandes y de aquellos aventureros de América, no tienen ya otro destino que el bandolerismo caballeresco!

Se necesita tupé para insultar á los soldados de Colón y de Hernán Cortés llamándoles ladrones y asesinos y alabar á los asesinos y ladrones llamándoles héroes.

En el retrato de Mamed Casanova nada delata al asesino. Su rostro lo mismo puede ser el de un monje penitente, que el de un hidalgo sombrío. Mamed Casanova mató siempre sin saña, con frialdad, como matan los hombres que desprecian la vida, y que sin duda por eso no miran como un crimen dar la muerte.

Es decir, que fué un filósofo con criterio especial.

Los instintos de ese terrible bandolero son los instintos que en otro tiempo sirvieron para perpetuar las dinastías,

¡Cuanto disparate!

..... y que hoy sólo de tarde en tarde alcanzan tan alta soberanía, porque las almas son cada vez menos ardientes, menos impetuosas, menos fuertes.

¿Y por que no decir tambien «menos honradas»? Porque ya está visto que, según los liberales, el robar y matar no es delito, sino acción *bella* y *admirable*.

Yo creo advertir en los ojos de ese retrato más audacia que perversidad. Tiene el alma en ellos, el alma de los grandes capitanes, fiera, galarda y de través, como los gavilanes de la espada.

Y los de la pluma.

Desgraciadamente, ya quedan pocas almas así.

Pero ¿de veras? *Liberal*; ¿de veras?

Con que es una desgracia que no abunden las almas de los asesinos y ladrones?

Pues tranquilícese *El Liberal* que como sigan él y sus colegas haciendo propaganda pronto quedarán satisfechas sus *nobles* aspiraciones.

Y basta porque no hacen falta más comentarios.

Verdad, lector que los liberales no necesitan retratista?

Pues allá vá la última instantánea.

Que es de *El Imparcial*.

El Imparcial, entusiasmado con la inau-

guración de la Universidad libre de Valencia organizada por Blasco Ibañez, pide á voz en cuello protección para la enseñanza atea que ha de propagar la nueva escuela encargando mucho á los liberales dejen en sus testamentos mandas *implas* para sostener la obra.

¡Animos señores: á fomentar el nuevo centro de donde pueden salir muchas de esas almas heroicas cuya disminución deplora tanto *El Liberal*.

A. CLAVARANA

LA INVENCION DEL CARNAVAL

Allá *in illo tempore* se celebró una importante reunión en el lugar más recóndito del infierno: tratábase de averiguar un medio fácil, y seguro para hacer pecar á los hombres y Lucifer, con ese objeto, había convocado á los demonios y á los vicios para conocer su opinion.

Amigos míos—les dijo el Príncipe de las tinieblas, revolviéndose en su silla de fuego; ¿habeis ideado ya la manera más fácil de llenar de gente estas oscuras cavernas?

—Yo propondría—dijo un diablo extremadamente feo,—la difusión de las malas lecturas.

—Yo las representaciones teatrales—añadió otro.

—Yo la persecución indirecta de los católicos—indicó un tercero.

Y así sucesivamente fueron presentando diversos proyectos, que hacían bostezar de fastidio á Luzbel.

Dos personajes de muchas campanillas á juzgar por el brillante séquito que les acompañaba, se adelantaron entonces doblando su rodilla ante el rey de los infiernos.

Eran... el Mundo y la Carne.

—Señor—dijo el primero,—n sotros traemos un proyecto magnífico.

—Habla—dijo Satanás.

—La Carne y yo hemos pensado consagrarte tres días cada año, días en que los vicios todos agotarán cuantos recursos hallen á mano, y nosotros, tus servidores, haremos los más grandes y difíciles esfuerzos...

—¡Brabot! ¡brabot!—dijeron los réprobos.

—En estos días—continuó el Mundo,—el lujo tenderá sus redes; la vanidad pondrá en juego sus atractivos; la gula, la sensualidad, la lascivia, la soberbia, la envidia, la impiedad, coaligadas invadirán la tierra. Todos, todos hemos de unirnos. Al mal ejemplo, al escándalo, al respeto humano les está reservado un papel muy principal.

Lucifer seguía agitándose en su silla de fuego, que á la verdad no era buen asiento; pero en su rostro se pintaba una diabólica satisfacción.

Cuando concluyó su discurso el Mundo, habló al diablo en estos términos:

—El proyecto que acabais de admitir es, sin duda alguna, el mejor de los pre-

sentados: pero una cosa he de añadir, más bien para completarle que para corregirle. Cuando conseguí en la tierra la primera y más grande de las victorias, haciendo comer á Adán y á Eva de la fruta prohibida, me valí de un medio al que quizá debo aquel triunfo: me disfracé de serpiente. Añadamos, el disfraz, á vuestra idea y lo tenemos hecho todo; porque muchas cosas se harán con careta no se harían sin ella.

Un aplauso frenético acogió estas palabras. Satán dio las gracias con risa de conejo, y exclamó enseguida con voz solemne.

—Amigos míos, queda fundado el medio más seguro de hacer pecar á la gente? queda desde hoy establecido el *Carnaval*. (Arregla lo para LA LECTURA POPULAR.)

H.

La duda sobre el infierno

(Anécdota histórica)

Una mañana de Cuaresma de 1870 entró un obrero llamado Juan en la parroquia de Santa María de Alcoy, y se acercó al confesonario del Padre Mariano Juliá, franciscano exclaustrado, hombre muy popular y estimado, el cual con su celo y las limosnas que buscaba era el principal sostén de la Casa de Beneficencia. Así que Juan se hubo arrodillado dijo al confesor:

—Padre Mariano, dispénsame V. que le diga que yo no vengo á confesarme.

Pues entonces ¿á qué vienes?

—Verá usted lo que pasa: hace tiempo que mi mujer me está predicando que lle de ir á confesarme como todos los años pasados, moliéndome cada día con la misma cantinela y tratándome de hereje y escomulgado. Como todos los días armamos un Tiberio, y de este modo no se puede vivir, he determinado acercarme siquiera al confesonario de usted para que ella, que está ahí atisbando en la iglesia, se figure que ya me he confesado y me deje en paz y se acabe la guerra.

—Pero dime, Juan, y ¿por qué habiendo tú cumplido todos los años como buen cristiano, vienes ahora á hacer una comedia?

—Padre Mariano, ya que usted me lo pregunta se lo diré con franqueza. Ha de saber que de todo lo de la Religión, lo que me daba más cuidado y me hacía andar más recto, era aquello del infierno, donde dicen ustedes que los hombres malos padecerán con los demonios eternamente y para siempre jamás. Y como ahora ya está averiguado que no hay infierno, hemos dicho: ¿para qué confesarnos? Basta no hacer mal á nadie, como dice la moral universal que nos predicó el marqués de Albaida.

—Y ¿cómo habeis averiguado que no hay infierno?

—Con el folleto de Roque Barcia y otros papeles que en el club se han distribuido gratis á los obreros.

—Y ¿te fías tú de lo que dicen aquellos papeles y aquel folleto?

—Sí señor: porque en ellos está la verdad y el evangelio del pueblo para ilus-

trarnos más que con los sermones de los curas.

—Gracias por el obsequio que me haces. Pero ¿sabes tú quiénes son Roque Barcia y los demás que tales cosas os enseñan?

—Son hombres tan sabios ó más que ustedes.

—Pase esto también: pero dime: ¿son más sabios que san Agustín, que santo Tomás, que Balmes y todos los grandes filósofos de veinte siglos que han creído y enseñado el dogma del infierno?

—Eso no lo sé yo; pero dicen que son tan sabios, que bien podemos creerles los que no hemos estudiado estas cosas.

—¿Te han dicho además que eran tan virtuosos y santos, que por no decir una mentira se dejasen matar, y que habían hecho milagros para probar que sus nuevas doctrinas eran verdaderas?

—Esto no lo dice nadie.

—Pues ¿por qué has de fiarte más de ellos que de los santos Doctores de la Iglesia, y de los Apóstoles, y del mismo Jesucristo Hijo de Dios infalible?

Yo no sé qué decirle á usted sobre esto, pero le aseguro á usted que tanto hemos oído hablar contra los curas y contra el infierno, y nos han dado ya tantas y tantas razones, que es imposible que ustedes tengan razón.

—Y ¿qué razones son estas?

—Ahora no las tengo bien presentes, pero se las diré cuando usted guste, y tal vez comprenda usted que el infierno no es más que una antigua conseja indigna de creerse en nuestros tiempos.

—Pues mira, hijo, más me interesa á mí que á tí este nuevo descubrimiento: porque bien sabes que nada gano estándome aquí horas enteras mañana y tarde gastando saliva y ejercitando la paciencia como un Job. Tampoco cobro nada por ir después á confesar á los mocosos de la Beneficencia y á los tíficos del Hospital; y si me llaman á deshora de la noche para auxiliar algún enfermo, no llevo otra paga que algún catarro ó pulmonía doble, como la que cogí hace tres meses pisando nieve y aguantando el viento del barranco del Zinc por ir á confesar á un pobre abuelo que se estaba muriendo. Con que, te encargo, Juan, que te enteres bien de las razones que habeis hallado para aseguraros de que no hay infierno, y vuelvas con ellas el domingo que viene para echar también yo mis cuentas, pues si á tí te carga la obligación de confesarte, más me carga á mí la obligación duplicada de confesarme y de haber de confesar á los demás.

—Padre Mariano, ¿me habla usted de burlas ó de veras?

—De veras, hombre: ¿que ganancia saca yo de confesar ni de mentir? Sólo te recomiendo una cosa, y es que no me vengas con dudas; porque ya sabes que en caso de duda de si hay ó no hay infierno, hay que tomar el partido seguro y no exponerse á que le zampen á uno los demonios y le enristren en su horca de fuego y le zambullan de cabeza en las calderas de Pedro Botero.

—No pase usted cuidado: preguntaré aún á personas más ilustradas que yo, lo

que hay de cierto sobre ello y dejaré a parte todo lo que sea dudoso.

—Pregúntales, pues, las cosas siguientes que ya te he indicado; á saber:

1.º Si pueden probar claramente que Jesucristo (el cual tantas veces nos habla del infierno) no fué más que un hombre engañado y engañador.

2.º Prueben que fueron también unos farsantes y embusteros los doce Apóstoles y todos los santos Doctores y sabios filósofos de la Iglesia que durante dos mil años han venido enseñando aquel mismo dogma.

3.º Demuestren además que toda la infinidad de milagros que se han hecho para acreditar la verdad católica que enseña la existencia del infierno, no han sido más que puros embustes y mentiras.

4.º Consideren y digan si es ó no contrario á toda razón y justicia el que los malvados y pillos de siete suelas que no han llevado el castigo de sus iniquidades en ninguna cárcel de este mundo, lo lleven en la cárcel del otro.

5.º Prueben finalmente que Roque Barcia y compañía tienen más autoridad para definir este asunto, y merecen mayor crédito que Jesucristo, que los Apóstoles y que todos los Doctores y sabios del catolicismo.

—No sé, Padre Mariano, si podré con todas estas pruebas que son cinco como los dedos de la mano: pero en llegando á casa me las apuntaré para no olvidarme de ninguna.

Ocho días estuvo el pobre Juan devanándose los sesos, repasando el folleto de Roque Barcia y mortificando á sus amigos de club, y aunque padeció grandes dudas acerca del lugar donde podía estar el infierno, y la calidad de las penas, y otras cosas que no están definidas en el dogma católico, no pudo hallar ninguna de las cinco pruebas que deseaba para satisfacer al Padre Mariano y certificarse de que no había infierno.

Volvió, pues, á los ocho días á su confesor y le dijo: Padre Mariano, nunca he temido tanto el infierno como estos días pasados. Nadie es capaz de poder dar las pruebas claras y terminantes que usted me pide. He preguntado á mis amigos de club, y en lugar de responderme con razones, me han respondido con insultos, riéndose tanto de mí como del infierno y de los demonios. Pero como entiendo que no basta reirse del infierno para librarse de él....

Abrazó entonces tiernamente á Juan el Padre Mariano y le dijo: Pues bien, hijo mío, ¿qué ha de hacer un hombre que se halla en la duda horrible de si hay infierno ó no, de si se condenará ó no se condenará?

—Asegurarse y confesarse como buen cristiano, respondió Juan. Y se confesó, y salió de dudas y temores y se quedó alegre como unas Pascuas.

Nota importantísima: Muchos son en nuestros días los que se hallan en el mismo caso de Juan, que por no creer en el infierno no se confiesan. Vean si pueden contestar á las cinco razones propuestas del Padre Mariano. Si no pueden,

imiten el ejemplo de Juan. Es el único medio para asegurarse del horroroso peligro de la condenación eterna.

Hojitas Populares.

CONFIANZA

Hijos del pueblo: los que quieren arrancaros la fe son vuestros enemigos, porque quieren arrancaros la felicidad.

El hombre sin fe no puede ser feliz.

¿Habéis visto un navío cuando perdido el timón flota á merced de las olas?

Pues ese es el corazón humano cuando ha perdido la fe.

Mientras el hombre tiene fe tiene norte que le guía y fuerza que le sostiene.

En cuanto la pierde, ya no halla á su alrededor más que tinieblas.

Y es que al perder la fe pierde la confianza, y al perder la confianza lo pierde todo.

Sin confiar no se puede vivir.

¡Somos tan débiles!

Decíame un día cierto amigo mío bastante incrédulo y por ende bastante desgraciado: ¿Cómo quieres que yo siga tu consejo de vivir tranquilo sin cavilar en el mañana?

—Porque lo ha dicho Jesucristo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura;* ó lo que es lo mismo, servid vosotros á Dios cumpliendo sus mandamientos, que Él os proporcionará todo lo que necesitéis.

—Pero, hombre, ¿y se puede creer esto tan al pié de la letra?

—Si conocieras á Dios no me lo preguntarías.

—Pero....

—No te canses, oye una comparación.

Figúrate que siendo tú pobre viniese un hombre rico y te dijese: «Amigo, necesito un jardinero, y me han dicho que usted entiende el oficio; ¿quiere usted venir á mi casa, cuidar mis flores, y yo le mantendré de todo lo necesario?»

Supongamos que aceptada la oferta vas con aquel ricacho, te estableces en su casa y comienzas á cultivar sus rosales. Pregunta: mientras andas en tus faenas ¿se te ocurrirá cavilar sobre lo que habrás de cenar á la noche?

Sin duda que nó.

Pues si tratándose de un hombre que al fin es hombre, de tal modo confías en él porque le sirves, ¿cómo no sirves á Dios y confías en Él siendo tan grande su misericordia?

Porque no le conoces.

Y como el que no conoce á una persona no puede servirla, y el que no la sirve no cobra salario, he aquí que el incrédulo lleva mucho adelantado para morir en la miseria y en la desesperación.

En cambio con los hijos de la fe sucede todo lo contrario. Por eso dice David: *Joven fui, viejo soy y jamás vi al justo desamparado, ni á su linage buscando pan.*

Ten tu deleite en el Señor; y él te otorgará las peticiones de tu corazón.

Porque el Señor ama á los justos y no de-

sampara á sus Santos que para siempre serán guardados.

—¡Encantadora es la confianza, pero se ven tan tristes ejemplos!

—Por que se ven más tristes maldades. El espíritu Santo no se contradice, ni Jesucristo falta á su palabra. Si el hombre no dejase á Dios, Dios no dejaría al hombre.

¿Quieres las pruebas? Escucha estos hechos consoladores.

Cuenta S. Gerónimo, que siendo S. Pablo el ermitaño de quince años de edad, huyendo de la presencia de Decio se fué al desierto y tuvo que encerrarse en una cueva.

Imposible le hubiera sido al solitario joven permanecer en aquel sitio si la Providencia de Dios no le hubiese socorrido; pero esta Providencia no podía faltar á quien tan bien cumplía por su parte las divinas leyes. El Señor, por modo maravilloso le sustentó del fruto de una palmera todo el largo periodo de treinta y ocho años.

Y no es esto lo más notable: sino que habiendo cumplido ya cincuenta y tres de de edad, y habiendo entrado en la vejez, el Señor le mejoró el manjar en proporción de su necesidad, enviándole cada día un cuervo con medio pan, y sustentándole de esta manera por espacio de sesenta años.

Y aún más.

El día en que el solitario tuvo por huéspedes á S. Antonio que fué á visitarle, el cuervo trajo un pan entero para confirmar más y más el cuidado que Dios tiene de sus Santos.

—¡Hermoso ejemplo!

—Oye otro.

Cuenta S. Gregorio Nacianceno que en tiempos de la persecución de Máximo, los padres de S. Basilio, llamados el padre Basilio y la madre Emilia, siendo nobilísimos en dignidad y riquísimos en bienes temporales dejaron todas sus riquezas, se fueron con su familia á una selva desierta del Ponto, y allí pasaron, por conservar la fé de N. S. Jesucristo, grandísimos trabajos de fríos, ardores, pobreza, soledad y otras grandes incomodidades, que llevaban con gran contento por estar muy conformes con la voluntad de Dios. Entre los demás trabajos uno fué que les faltó el mantenimiento necesario; hicieron oración á Dios para que los proveyese, y entonces realizóse una cosa admirable que prueba la grandeza de su providencia.

Los ciervos de los montes, que hasta entonces habían huido siendo imposible el cazar ninguno, ellos mismos impulsados por la mano de Dios bajaban á las cabañas de los desterrados y se dejaban cojer y degollar sin resistencia alguna para satisfacer su imperiosa necesidad.

De esta manera Dios proveía en su pobreza á los que siendo ricos habían hecho grandes limosnas á los pobres hospedando peregrinos, partiendo su hacienda con la Iglesia, y haciendo otras muchísimas obras de misericordia.

Otro hecho más.

Refiere Severo Sulpicio en su obra titulada: «Virtudes de los monjes de Oriente», que estando un siervo de Dios en

yermo haciendo vida solitaria, vino á morar en un sitio donde entre las yerbas buenas y sanas habia otras malas y ponzoñas que él no sabia distinguir; y habiendo experimentado el daño que habia recibido de las malas, no osaba ya comer de ningunas y padecía hambre. Estando en esta necesidad, vino á él un animal manso, tomó un manojo de yerbas que el monje habia cogido, y sacó de él las malas á una parte y las buenas á otra, enseñándole así cuales eran las sanas que habia da comer y las ponzoñas que habia de desechar.

En fin, y que Dios envíe á sus siervos en sus necesidades ángeles, hombres ó animales para que los socorran, cosa admirable es y digna de estimación; pero que en ciertos casos se haya dignado. Él mismo en la persona de su Santísimo Hijo proveerlos de lo que han menester, cosa es ya que llega á lo incomprendible.

Cuenta de esto san Paulino, Obispo de Nola, un ejemplo tan auténtico como admirable.

De la isla de Cerdeña, dice el santo en su carta 34 á Macario, salian unos navios; en uno de ellos iba un hombre viejo llamado Valgio el cual era catecúmeno que aun no estaba bautizado, y tenia el más vil oficio del navío que era dar á la bomba y limpiar la sentina del barco. Levantóse á la salida una brava tempestad, y dieron los demás navios en tierra donde se quebraron y quedó sólo este donde iba el catecúmeno; y por estar maltratado y con peligro salieron de él los marineros en el esquife, y dejaron al catecúmeno por no hacer caso de él, abandonado allí el navío, que era llevado de los vientos sin áncora, sin timon y sin gente que le guiasen.

Viéndose Valgio en este peligro, comenzó con muchas lágrimas á encomendarse á Cristo nuestro Señor, pasó de esta manera seis dias sin comer, bien porque no hubiese quedado de comer en el navío, ó porque de tristeza no pudiese hacerlo.

Estando en esta aficción, vino el mismo Cristo Rey de los Cielos á visitarle, y se le apareció visiblemente con grande claridad y hermosura; y le habló y le consoló, y le animó, y le dió manjar que comiese, y le hizo comer.

Y que el navío pudiese mejor navegar y se ayudase de los medios humanos en lo que pudiese, le dijo que cortase el mástil del navío, que era el remedio que en aquel tiempo y necesidad el navío tenia. Va el viejo con un hacha á cortarlo y porque él solo no bastaba le ayudaron los ángeles, y con solo dos golpes le cortó y le hechó á la mar,

Fuese el Señor, y quedó el viejo sumamente consolado, y comenzó á navegar.

Otra vez estando durmiendo le tornó á aparecer Cristo, y le tiró blandamente de la oreja y le despertó, y le dijo que se levantase á hacer las cosas necesarias para gobierno del navío, que era tender la vela menor y sacar el agua, y otras semejantes; y á lo que él no podia solo, los ángeles visiblemente le ayudaban.

Anduvo de esta manera por la mar veintitres dias hasta llegar á las riberas lu-



canas en Italia, que ahora se llaman Calabria inferior; y luego entendieron los vecinos de la tierra el milagro, porque vieron llegar el navío en salvo, yendo desbaratado y sin timon, y sin mastil, y sin marineros.

Y llevaron al catecúmeno á S. Paulino, el cual supo de él todo lo que habia pasado, y le bautizó. Y dice que era hombre muy sencilló y de vida muy pura, y que contaba este beneficio de Cristo con devoción y afecto y con tantas lágrimas que él que le oía no podía dejar de llorar.

—Efectivamente, enternece mucho contemplar la misericordia divina, pero.... la duda.....

—¡Ah! ¡la duda! Delito que se castiga á sí mismo; verdugo que se hace en sí propio justicia. Si en el mundo no hubiese dudas no habria tantos desórdenes ni tantas miserias; no habria tantos crímenes, ni tampoco habria tantas penas.

Cuando S. Pedro vió venir á Cristo andando sobre las aguas, dice el Evangelio que quiso salir á recibirle; y habiendo saltado al mar lleno de fé, las aguas le sostuvieron.

Pero empezó á dudar, y el abismo se abrió en seguida para tragárselo.

Pues eso nos sucede á nosotros.

Hemos perdido la fé y el abismo nos traga.

ADOLFO CLAVARANA

VARIETADES

El llanto y la risa

FABULA

—«¡Ay qué tierra tan dura la de mi suelo,»—

un labriego murmura con desconsuelo; y el triste, arando,

—«¡qué duro!»—repetía siempre llorando.

—«Cada grano que tiro en el barbecho, ¡ay! me arranca un suspiro del triste pecho, considerando qué dudosa es mi suerte, siempre llorando.»

Mas, al fin, del verano llegan los meses: Ya goza el aldeano con ver sus mieses; pues, ricas siendo, trajina, suda y canta, siempre riendo.

—«¡Oh, qué grande es la espigal ¡qué gordo el grano! Bien premia la fatiga, que no fué en vano, pues ahora entiendo que pasaré las horas siempre riendo.»

Aunque el llanto te enoje, lector, advierte, que la mies se recoge tras de la muerte. Sean tus dias de modo que aquí llores y entonces rías.

P. Cayetano Fernández

BIBLIOGRAFIAS

LECTURAS POPULARES

Cuentos artículos y diálogos de D. Adolfo Clavarana director de LA LECTURA POPULAR. Nueva edición de los cinco primeros tomos.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no vengan precisamente acompañados de su importe y del valor del certificado si se desea esta garantía.

LA LECTURA POPULAR

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Pas 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.